

ALGUNOS RASGOS DE LA ROMA SIMBOLICA EN LA ENEIDA DE VIRGILIO

María Luisa La Fico Guzzo
Universidad Nacional del Sur

La ciudad de Roma ocupa un lugar clave en la civilización occidental. Su importancia histórica y cultural es evidente. Pero si decimos que Roma es un símbolo, estamos afirmando que su imagen en la mente de los hombres que la nombran ha cobrado una importancia que trasciende su valor histórico-cultural, se ha hecho portadora de una verdad metafísica¹. Esta clase de verdades no pueden expresarse en términos racionales sin quedar notablemente reducidas y tergiversadas, por eso buscan otros canales de expresión, por ejemplo la representación por medio de una imagen. En este caso una ciudad histórica concreta ha cedido su imagen para que sea expresión de una verdad esencial de la naturaleza humana y universal. Por eso podemos decir que Roma es símbolo. El símbolo vive en la comunidad. Su sello está impreso en las mentes de los hombres que la conforman, es eje de la vida comunitaria y de la vida personal de sus miembros, pero su verdad trasciende esa comunidad pues es verdad esencialmente universal y, como tal, despojada de los ropajes accidentales de cada grupo histórico concreto. La imagen de Roma ha vivido por siglos como eje de la civilización occidental; pero, en tanto símbolo, ha trascendido los límites de occidente. Cuando su nombre surge una y otra vez en los labios de los hombres, es la Roma simbólica la que se renueva como fuente de una verdad metafísica y no la ciudad histórica concreta con sus formas accidentales características. La Roma simbólica no es construcción de uno ni de varios hombres sino de toda una comunidad humana a lo largo de los siglos, pero es evidente que las palabras de ciertos hombres notables han sido hitos que han jalonado la conformación del símbolo. Se destacan en especial las obras de los poetas que como plasmadores de una imagen del mundo son los más indicados para sacar a la luz estos símbolos que son fuente de la vida espiritual de la comunidad. Virgilio con su Eneida, epopeya nacional del Imperio Romano, fue uno de los principales plasmadores del símbolo de Roma. No es su creador, pues brindó forma y expresión artística a un símbolo que ya vivía en la comunidad, pero la vida y la obra de arte se realimentan mutuamente y la Eneida de Virgilio sirvió de fuente riquísima y poderosa desde la que se proyectó la Roma simbólica con increíble fuerza hacia el futuro.² En este trabajo se in-

1- Usamos el término **verdad metafísica** en el sentido de principio eterno y universal. Cfr. Guénon, R. *Símbolos fundamentales de las ciencias sagradas*. Bs. As., 1969. Estudio preliminar de A. Asti Vera, p. XXVII.
2- Cfr. Barrow, R. *Los romanos*. México, 1965. p.86; Grimal, P. *El siglo de Augusto*. Bs.As., 1965. p.90; Huxford, J. *Les grands mythes de Rome*. Paris, 1945. pp. 114-141.

tenta señalar el carácter simbólico de la ciudad de Roma en la *Eneida* de Virgilio, a través de su configuración como *axis mundi* y como *imago mundi*.

En la visión del mundo de las sociedades tradicionales asume una gran importancia el espacio sagrado. En él se realiza una hierofanía, es decir, una manifestación de lo divino, la cual provoca una "abertura" que permite la comunicación de las diversas regiones cósmicas: mundo celestial, mundo terrenal, mundo infernal. Alrededor de este eje cósmico se extiende y organiza el mundo conocido, es decir que el eje se encuentra en el medio, es el centro del Mundo³. En la *Eneida* Roma es presentada como *axis mundi*. En los libros VII y VIII Eneas y los suyos llegan a la tierra prometida por los hados. Hay un acercamiento progresivo hasta llegar al lugar geográfico exacto de la futura Roma (Palantea), que coincide con un acrecentamiento del carácter sagrado del espacio: (*En.*VII,122-127; *En.*VIII,81-85 y *En.*VIII,319-325). Finalmente se llega al núcleo máximo de sacralidad, el lugar de la hierofanía: en el monte Capitolio Júpiter se manifiesta. La comunicación entre los estratos divino y humano ya es una realidad desde épocas primitivas en el espacio sagrado en el que se instalará la futura ciudad *axis mundi* (*En.*VIII,347-354). Por su parte Eneas, héroe fundador de Roma, es el *pontifex* necesario que lleva a cabo en su misma persona y por medio de un camino de iniciación el enlace de los mundos: Cielo, Tierra, Infierno, y de esa manera instaura, es decir, funda el *axis mundi*. Eneas es el Arbol cósmico que une los tres estratos de la realidad: sus raíces en el Tártaro o mundo de los Infiernos, su copa hacia las etéreas auras o mundo de los Cielos, y su tronco clavado en las rocas, es decir, en el mundo humano (*En.*IV,441-449). Roma es, al igual que su héroe fundador Eneas, una encina sagrada, un árbol cósmico que vincula las regiones del universo haciendo circular la energía divina que es para el hombre fuente de vida y de plena realización de su ser. Roma ocupa una posición central en todo el poema; todo conduce hacia ella y gira en torno a ella. Pero no es la voluntad humana la que le ha conferido ese lugar; los hados, es decir, la voluntad de Júpiter objetivada, mueven los hilos de la acción y guían los acontecimientos humanos hacia la fundación de Roma, ciudad predestinada. Es la voluntad divina la que instala el *axis mundi*. (*En.*I,257-260 y *En.*III,156-159). La revelación del padre Anquises a Eneas en los Campos Elíseos manifiesta que la existencia de Roma y su lugar en el universo ya están establecidos en el más allá (*En.*VI,847-853).

La mentalidad tradicional considera que los diversos niveles de la realidad mantienen una correspondencia estrecha. El universo, macrocosmos, posee una forma y leyes que regulan su funcionamiento. Esta misma forma y estas leyes están presentes en todos los estratos de lo real. Cada ciudad es, para el hombre tradicional, a la vez Centro del Mundo (*axis mundi*) e *imago mundi*, es decir, imagen del universo⁴ En la *Eneida* Roma es presentada como ciudad-cosmos⁵. Su espacio es el espacio cósmico con sus tres regiones; su tiempo es el tiempo cíclico

3- Eliade, M. *Lo sagrado y lo profano*. Madrid, 1957. pp.40 y ss.

4- Cfr. Eliade, M. op.cit. pp.47 y ss. "Esta multiplicidad de centros y esta reiteración de la imagen del mundo a escalas cada vez más modestas constituyen una de las notas más específicas de las sociedades tradicionales." p.47.

5- Cfr. Hubaux, J. op.cit. pp. 122 y ss.

del cosmos y su fundación es una cosmogonía. La primera fundación de Roma, es decir su fundación mítica, es, sin duda, una cosmogonía. El poema virgiliano desarrolla este proceso fundacional: Eneas es el héroe que recorre un camino de iniciación desde el mundo terrenal hasta el mundo del más allá, en donde recogerá el don de la energía divina, para luego regresar y brindar ese don a los hombres, sirviendo así de nexo entre ambos mundos. En este camino simbólico se produce el enfrentamiento entre las fuerzas del cosmos, que impulsan la creación de un nuevo orden, de una nueva ciudad, de un nuevo axis mundi y las fuerzas del caos, que representan la resistencia de la materia no formada que pugna por retornar al caos del principio. Las fuerzas del cosmos y las fuerzas del caos son equivalentes a dos figuras simbólicas de gran relevancia en el pensamiento tradicional: el gran Padre Universal y la gran Madre Universal. Ambos son los constituyentes básicos del universo, así como también las dos fuerzas en pugna en las cosmogonías. La batalla cosmogónica se desarrolla de la siguiente manera: en el plano divino Júpiter es el garante del cumplimiento de los hados, es el principal representante de las fuerzas del cosmos que guía los acontecimientos humanos para la fundación de un nuevo *axis mundi*: Roma. Juno, por su parte, es la representante de las fuerzas opositoras del caos que coloca obstáculos al avance fundacional aún sabiendo que finalmente se cumplirá la voluntad de los hados. Esta lucha cosmogónica entre fuerzas divinas se refleja en el camino de Eneas: en la primera parte de su recorrido (I al VI), en la que se interna en una realidad sobrenatural en un acercamiento progresivo hacia lo sagrado, el enfrentamiento principal es Eneas-Dido. Ella representa la obediencia a la voluntad fundadora de los hados. Ella es el obstáculo que oponen las fuerzas del caos y finalmente será absorbida por las mismas fuerzas que representa en un sacrificio inmolatorio a los dioses infernales (*En.*IV,509-512;IV,702-703). Luego de superar esta prueba clave, Eneas logra acceder al contacto con lo sagrado en la catábasis del Libro VI. Allí una figura masculina, el padre Anquises, en representación del reino del gran Padre Universal, le brindará la revelación suprema de su camino iniciático: Roma es fundada míticamente. En la segunda parte de su recorrido (VII al XII), en la que Eneas regresa al mundo de los hombres para preparar el terreno a la fundación de Roma en el plano histórico, el enfrentamiento principal es Eneas-Turno. El joven jefe rútilo representa el adversario que amenaza la fundación de la ciudad. También Amata, la esposa del rey Latino, se coloca en el bando de los opositores a la misión de Eneas. En el plano divino, Juno se vale de Alecto, una de las furias, demonios del mundo infernal. Este monstruo es el que toma posesión de los pacíficos pueblos del Lacio y provoca en ellos una metamorfosis convirtiéndolos en el pueblo guerrero que se opone a la tarea fundadora del héroe⁶. Hay una detallada descripción de la posesión de Amata y de Turno por parte de las fuerzas infernales (*En.*VII,374-390 y *En.*VII,454-462). Dido, Amata y Turno representan el sacrificio previo necesario en toda cosmogonía⁷. El tiempo de Roma es presentado como el tiempo del cosmos. En las civilizaciones arcaicas encontramos las teorías del “Gran Tiempo” o de los ciclos cósmicos, que postu-

6- Cfr. Dumezil, G. *Mito y epopeya*. Barcelona, 1977. pp.338-352.

7- Cfr. Eliade, M. *op.cit.* pp.58 y ss.

lan un tiempo cíclico que se regenera periódicamente *ad infinitum*. Estas teorías van casi siempre acompañadas por el mito de las edades sucesivas⁸. La sociedad romana se consideraba ubicada en la Edad de Hierro y temía la llegada de un cataclismo final. Pero también existía la esperanza de que el paso de un ciclo cósmico a otro, de un “gran Año” a otro, pudiera efectuarse evitando la catástrofe universal. Consideraban que las cruentas guerras civiles de Roma habían sido los signos del final de un gran ciclo cósmico y que Augusto con la conquista de su *pax romana* y la instauración del Imperio era el nuevo héroe fundador que iniciaba una nueva edad cósmica retornando a la Edad de Oro. Virgilio toma esta idea esperanzada y la desarrolla en la *Eneida*⁹: (En.I,257-260 y IV,441-449). Augusto libera a Roma de la esclavitud del inexorable tiempo cíclico y le brinda la promesa de la eternidad. Júpiter promete a Venus: *His ego nec metas rerum nec tempora pono; imperium sine fine dedi*¹⁰. Luego de la publicación de la *Eneida* Roma es nombrada “*urbs aeterna*” y surge la esperanza de que esta ciudad pueda regenerarse periódicamente *ad infinitum*.¹¹ Su tiempo es equivalente al tiempo cósmico. Ella es eterna así como el cosmos lo es. Esta segunda fundación de Roma repite, como todo establecimiento de un *axis mundi*, el paradigma mítico de la cosmogonía. La batalla de Accio (31 a.C.) librada entre Augusto y Marco Antonio representa el mítico enfrentamiento entre los dioses primordiales y las fuerzas de las tinieblas, y Virgilio la ubica en el centro del escudo del fundador mítico de Roma: (En.VIII,675-689). En la descripción del escudo Augusto es el representante de las fuerzas del cosmos: lo apoyan los grandes dioses, los Penates, los Padres de la patria y el pueblo. Antonio representa las oscuras fuerzas del caos: lo acompañan pueblos bárbaros de Oriente. Este combate naval entre bandos humanos es paralelo al enfrentamiento de las divinidades correspondientes (En.VIII,698-699). Los dioses-monstruos característicos de Egipto se enfrentan a las divinidades del panteón romano, miembros de la religión olímpica, con sus características de claridad, medida, razón y con sus dioses celestiales. En última instancia dos imágenes fundamentales (En.VIII,704-706 y 707-713): Apolo, dios de la luz solar, preside la batalla, protege a Augusto y le brinda la victoria. Es la fuerza del cosmos que se impone en esta segunda fundación de Roma. El dios río Nilo de Egipto es la divinidad vencida. Cleopatra se dirige hacia él y hacia su muerte. Los rasgos del Nilo son claramente los de la Gran Madre, fuerza primordial del caos que recibe a los vencidos. Accio es el combate sagrado, repetición del combate cosmogónico primordial que hace nacer una nueva vida: Roma, la ciudad microcosmos. Augusto con la victoria de Accio ha iniciado un nuevo ciclo cósmico y con él se produce el retorno a una nueva Edad de Oro. Para ello propone una vuelta a la Roma primitiva con las virtudes genuinas del romano antiguo: *virtus, pietas y fides*. Virgilio nos presenta el espacio sobre el cual se fundará la futura Roma: el Lacio. Saturno, dios de la Edad de Oro, habitó allí. Es presentado como dios fundador y civilizador, modelo mítico ejemplar de los hé-

8- Cfr. Eliade, M. *El mito del eterno retorno*. Bs.As., 1952. pp.126-152.

9- Cfr. Eliade, M. *El mito del eterno retorno*. pp.148-149.

10- Vergilius. *Opera*. Oxonii, 1956. *Aeneidos*, I, 278-279. Todas las citas de la Eneida han sido extraídas de esta edición.

11- Cfr. Eliade, M. *El mito del eterno retorno*. p.150; Hubaux, J. op. cit. pp. 125 y ss.

roes fundadores: Eneas y Augusto (*En.VIII,319-325*). Las comunidades que allí habitan son herederas de la época áurea y representan, específicamente la colonia griega del rey Evandro, un embrión de la futura Roma en el que están presentes las virtudes genuinas de la ciudad en su pureza primitiva. Esta pequeña comunidad es colocada en la *Eneida* como paradigma mítico al que se debe retornar para vivir nuevamente la Edad de Oro en el inicio de la era inaugurada por Augusto. Hay un pasaje fundamental de la *Eneida* en el que aparece en forma manifiesta la condición de Roma como ciudad-cosmos: es la revelación del padre Anquises en la catábasis del Libro VI. Esta revelación sagrada, punto culminante del camino iniciático de Eneas, consta de dos partes claramente determinadas: en la primera se describe el macrocosmos y en la segunda se describe un microcosmos: la ciudad de Roma, su historia, su misión, su puesto en el plan universal, su destino, sus principales héroes y la figura de Augusto como personaje clave para la gloria eterna de Roma. En esta revelación hecha por el Padre Eneas comprende su lugar y el lugar de Roma dentro del universo.

Ya han sido mencionadas dos figuras simbólicas de gran relevancia en el pensamiento tradicional: el gran Padre Universal y la gran Madre Universal.¹² En las cosmogonías se manifiestan por medio de la presencia de una pareja primigenia (Urano, el cielo, y Gea, la tierra) que engendra el universo. En el camino iniciático el héroe que anhela llegar hasta el dios Padre debe antes encontrarse con la diosa Madre, unirse a ella demostrando su aceptación plena y su dominio del mundo de la materia y así elevarse hasta el mundo del espíritu.¹³ Estas dos figuras simbólicas son los dos principios básicos constituyentes del universo. La Madre es la materia en cuanto fundamento del mundo sensible, el universo material con su fluir constante de generaciones y corrupciones, el mundo de los fenómenos; y el Padre es el espíritu formador y modelador del cosmos, el ser eterno e inmutable del universo. Roma, como ciudad cosmos, tiene los mismos constituyentes básicos que el universo. En la *Eneida* las fuerzas del cosmos (reino del Padre Universal) y las fuerzas del caos (reino de la Madre Universal) participan activamente de la fundación de Roma, tanto la mítica realizada por Eneas, como la realizada por Augusto. Los héroes fundadores, Eneas y Augusto, se enfrentan a las fuerzas de la gran Madre, demuestran su dominio sobre ella y se elevan hasta el Padre que les otorga la realización plena de sus destinos. En la constitución misma de la ciudad de Roma están presentes los dos reinos: en relación al espacio Roma como *axis mundi* enlaza las regiones cósmicas. Es la abertura que permite al hombre la comunicación con el reino del Padre y de la Madre, es la ruptura del espacio profano por obra de una hierofanía, es decir, por una manifestación de lo sagrado. En relación al tiempo Roma participa, al igual que el cosmos, de ambos reinos. Está enraizada en la multiplicidad del mundo de los fenómenos: posee un tiempo, un espacio y una historia determinados; pero a su vez su misión la eleva hasta las estrellas, hasta la unidad del ser, hasta la eternidad. Eternamente, según su destino, se sumergiría en el fluir del tiempo histórico con su multiplicidad de acontecimientos y eternamente volvería a esa

12- Cfr. Campbell, J. *El héroe de las mil caras*. México, 1959. pp.104-178.

13- Cfr. Campbell, J. op.cit. pp.114 y 157-158.

época de unidad con lo sagrado, que es la Edad de Oro, en un retorno a lo Uno. Roma, ciudad-cosmos, une en sí, al igual que el universo, el reino del Padre y el reino de la Madre con sus características complementarias: temporalidad y eternidad; multiplicidad y unicidad; condición material y condición espiritual. Estos reinos, en apariencia opuestos, se encuentran íntimamente unidos y son dos aspectos de una realidad única. En conclusión, podemos afirmar que la condición simbólica de Roma en la Eneida de Virgilio tiene su fundamento en la imagen de esta ciudad como *axis mundi*, es decir, como eje central que une los estratos de la realidad y permite el pasaje de la energía divina al mundo de los hombres posibilitando la plena realización de su ser; y en la imagen de Roma como *imago mundi* o ciudad-cosmos que repite en escala pequeña la forma del cosmos en relación al espacio, al tiempo y a la constitución intrínseca del mismo basada en la íntima unión de dos principios fundamentales, que en realidad son uno: el gran Padre Universal y la gran Madre Universal.